





Videoclip de Victoria-Requiem disponible en:
<https://www.youtube.com/user/ENCHIRIADIScom/videos>

TOMÁS LUIS DE VICTORIA (1548-1611)

Requiem

1	Lectio: Taedet animam meam	3:08
2	Introitus	5:30
3	Kyrie	2:15
4	Graduale	3:00
5	Offertorium	4:17
6	Sanctus-Benedictus	3:09
7	Agnus Dei	2:18
8	Communio	3:16
9	Motectum: Versa est in luctum	3:10
10	Responsorium: Libera me	8:35

MUSICA FICTA

Lore Agustí, Manon Chauvin (sopranos)
Flavio Ferri-Benedetti, Adriana Mayer (altos)
Ariel Hernández, Diego Blázquez (tenores)
Víctor Cruz, Fernando Rubio (bajos)

RAÚL MALLAVIBARRENA (director)

EL RÉQUIEM DE VICTORIA...OTRA VEZ

Desconozco qué extraños y misteriosos códigos hacen que un hombre, muerto hace siglos, pueda comunicar con nitidez sus vivencias más profundas a las generaciones que lo han sucedido. Supongo que en eso radica, en último término, la grandeza del Arte. Mi primera relación con la música escrita, la que comúnmente conocemos como “clásica”, vino de la mano de los grandes compositores de los siglos XVIII y XIX (ya ven que mi falta de originalidad es manifiesta). A los Bach, Haendel, Vivaldi, Mozart, Beethoven o Brahms les debo así los primeros asombros paralizantes de mis oídos. Fueron las primeras veces que, siendo niño, mis sentidos se agitaron por cosas que no se podían tocar, porque, además de estar hechas de aire, venían de muy lejos, y de muy atrás. Era el pálpito de otros tiempos que llegaba como el viento del norte, a vapulear mi ignorancia y hacerme despertar. Caminé con ellos silencioso, en los años de los pantalones cortos y las canicas en los bolsillos, hasta que en la frontera misma de la adolescencia, que es la hora más vulnerable de nuestro reloj, me encontré con Tomás Luis de Victoria.

Aunque lo conocí con una obra que hoy sabemos que no es suya (el Ave Maria a 4 voces), no tardé en adentrarme en las que sí lo son. Me asomé a su universo, a su discurso de sonrisa triste, y aquello me hipnotizó. Desde entonces Victoria me ha acompañado siempre, siendo el polifonista que más he creído comprender y al que más tiempo de estudio he dedicado. Me resultaría difícil elegir mis obras preferidas de su legado (no muy amplio), pero, sin duda, su *Officium Defunctorum* de 1605 (su última composición, por cierto; y a la que conocemos con el término, inexacto aunque más mediático, de Réquiem) estaría entre las primeras. Victoria lo compuso en Madrid, para las Exequias de la Emperatriz María de Austria, a quien servía como capellán privado, fallecida en 1603.

En el año 2002, en coproducción con mi buen amigo, cantante y también apasionado devoto de Victoria, Jordi Abelló, grabé con Musica Ficta este *Officium*. Fue una grabación a todas luces exitosa, en lo comercial y en lo personal, reeditada incluso en una colección del periódico El País, y reconocida con premios y un número de ventas muy por encima de cualquier otro disco del sello Enchiriadís. En aquella ocasión, mi planteamiento interpretativo fue claro: un Victoria pétreo, duro, guiado por el negro pesimismo del texto y conducido por el abatimiento de una música casi abisal, que parecía emanada de la boca misma del fin de los días y las cosas. No reniego de aquella visión, a la que, en esencia he sido fiel en estos años, pero una obra maestra como ésta admite otros ángulos de contemplación.

Por esa razón, celebrando los 25 años de Música Ficta, decidí volver de nuevo al Réquiem, obra emblemática de nuestro repertorio, y contarla de nuevo, desde un prisma completamente distinto. Si con ello he sido más o menos fiel al espíritu original de la obra, me es indiferente. Hago la música como me gustaría escucharla en cada momento. Al menos es mi pretensión. Y si en ese camino, muchas veces tortuoso, encuentro oyentes interesados en él, mi humilde labor como difusor del patrimonio musical más pretérito, se verá felizmente recompensada.

MUSICA FICTA. 25 AÑOS

Creo que fundar un grupo de música tiene tanto de necesidad vital como de narcisismo. Empezar ese camino lleno de dificultades es el resultado de dos poderosas demandas: la de hacer música que uno solo no puede hacer, y la de compartir el resultado con los demás y esperar, antes o después, su aprobación; también su aplauso. En mi caso, tenía veintidós años cuando sentí la necesidad de escuchar la música antigua de una manera que era sólo mía, y que, buena o mala, era ligeramente distinta a la que encontraba en los discos y conciertos. Así, tras observar y meditar cuidadosamente las opciones y evoluciones posibles, en un mercado, que en aquel 1992 estaba en exponencial expansión, decidí reunir a un grupo de cantantes ya formados, en vías de profesionalización, y trabajar polifonía a un nivel suficiente como para poder ser puesto “a la venta”. Solo cuando esto ocurriera, daría el siguiente paso: la profesionalización, y entonces poder incorporarme lentamente a una autopista en la que circulaban un buen número de conjuntos a muy distintas velocidades. El plan era osado, lo sé, lo sabía, pero a mi favor tenía la ilusión y la energía que nos regalan esa pareja, a veces cómica, formada por juventud e ingenuidad.

Los ensayos comenzaron en septiembre (puede que octubre, no recuerdo bien) de 1992, en una sala que amablemente nos dejaron en el Centro Cultural de la Casa del Reloj, lindando con el río Manzanares, en la zona sur de Madrid. Ensayábamos los viernes por la tarde, aunque luego incorporamos los martes. En abril de 1993 dimos el primer concierto en una iglesia cercana. En el programa, motetes de Josquin, Tomkins y una preciosa y desconocida misa del francés Pierre Certon, a la que siempre guardaré un especial afecto: Misa “sous le pont d’Avignon”. A fines de ese año fundé

el grupo instrumental Ensemble Fontegara, y un año después profesionalicé ambos conjuntos. Había salido a la autopista y no había marcha atrás.

Desde entonces Musica Ficta ha sido una parte esencial de mi vida, con él he podido interpretar un gran número de repertorios, muchos de ellos inéditos, trayéndolos al tiempo presente y sometiénolos a la consideración de melómanos de todo el mundo. Han sido 25 años, sobre todo, de aprendizaje, pero también de experimentación, de trayectos de ida y vuelta, fotografiados puntualmente en un total de diecinueve discos. Con Musica Ficta he tenido el privilegio de llevar la música antigua a más de una veintena de países, desde los más meridionales del cono sur americano, hasta China y Japón en el lejano Oriente; desde el luminoso Magreb africano al frío paisaje donde se levanta la catedral más septentrional del planeta, en Trondheim (Noruega). Desde la costas del Pacífico de México o Estados Unidos a ciudades milenarias de Oriente Medio. Además, por supuesto, de Europa y España.

El capítulo de los agradecimientos es extenso y heterogéneo y no habría lugar para reseñarlo aquí con nombres propios. Sí lo haré a vista de pájaro. Por supuesto, en primer lugar, mi familia, seguidos –ya no en orden de importancia- por cantantes, instrumentistas, directores, profesores, agentes, productores, técnicos, distribuidores, periodistas, artistas varios, diseñadores, responsables y gerentes de instituciones que confiaron en mí, amigos – ¿cómo no?, siempre -, además de todos aquellos asistentes a los conciertos, compradores de nuestros discos y oyentes en general a través de cualquier medio, que con su presencia y existencia han dado sentido a todo esto.

Nuevos proyectos y retos nos señalan el siguiente tramo del camino. Expectativas. De momento, sirva este Réquiem de Victoria, tanto para volver por un momento la vista atrás como para tomar nuevo impulso.

VICTORIA: THE REQUIEM REVISITED

It is a mystery to me what strange, secret codes enable a man, dead for centuries, to communicate with absolute clarity his most profound life experiences to successive generations. I suppose that therein, ultimately, lies the greatness of Art. My first relationship with written music, what we commonly refer to as “classical,” came via the great composers of the 18th and 19th centuries (nothing original there, as you can see). It is to Bach, Handel, Vivaldi, Mozart, Beethoven and Brahms that I owe the first heart-stopping wonders that regaled my ears. These were the first occasions on which, as a child, my senses were rocked by things intangible, because, not only were they ethereal, they came from afar, both in time and space. Like the throb of times gone by arriving like a wind from the north to blast my ignorance into wakefulness. I walked with them silently, during my years of short trousers and marble-stuffed pockets, until on the very threshold of adolescence, that most vulnerable hour on our clock, I encountered Tomás Luis de Victoria.

Although I discovered him through a work now known to be erroneously attributed to him (the Ave Maria for 4 voices), it was not long before I immersed myself in his authentic opus. I peered into his universe, lent an ear to the sad smile in his discourse, and was hypnotized by it all. Since then, Victoria has been my constant companion, the polyphonist I believe I most deeply understand and to whom I have devoted most time studying. It is difficult for me to choose my favourites among his “modest” legacy of works, but, undoubtedly, his *Officium Defunctorum* from 1605 (his last composition, in fact; known to us by the inexact but more familiar title of “Requiem”) ranks high on the list. Victoria composed it in Madrid, for the funeral rites of the Empress Maria of Austria, whom he served as private chaplain, and who had died in 1603.

In the year 2002, co-produced by my good friend, singer and equally passionate devotee of Victoria, Jordi Abelló, I made a recording with Musica Ficta of this *Officium*. It was without doubt a successful recording, both commercially and personally, a winner of awards and with a sales record far superior to that of any other CD recorded on the Enchiriadis label. On that occasion, my interpretative approach was clear: Victoria at his most unrelenting, austere, driven by the dark pessimism of the text and impelled by the dejection of its almost abyssal music, seemingly spewed from the very mouth of the end of all days and all things. I do not disavow that vision which I have essentially been faithful to all these years, but such a masterpiece does allow for contemplation from other angles.

For that reason, on the occasion of Musica Ficta's 25th anniversary, I decided to revisit the Requiem, an emblematic work in our repertoire, and give it another reading, from a completely different perspective. Whether in doing so I have been more or less faithful to the original spirit of the work is of little concern to me. I make music as I would like to hear it at any given moment. That is my aim, at least. And if, along that often tortuous path, I stumble across an interested listener or two, my humble task as champion of the heritage of yesteryear, will have been amply rewarded.

MUSICA FICTA. 25 YEARS

I believe that founding a musical group is as much about vital necessity as it is about narcissism. Embarking on that hazardous journey is the result of two powerful demands: firstly, making music that one cannot perform alone, and secondly, sharing the result with others in the hope, sooner or later, of winning their approval; and their applause. In my case, I was a mere 22-year-old when I felt the need to listen to early music in a way that was purely mine, and which, for better or worse, was somewhat different from what I had heard on disc and at concerts. So, after carefully studying and pondering the possible options and prospects, in a market that, back in 1992 was in exponential expansion, I decided to bring together a group of trained singers, on the brink of a professional career, and rehearse polyphony, polishing it to a sufficiently "saleable" level. Only when this occurred would I take the next step: professionalization, which would enable me gradually to join the highway along which a good number of groups were already travelling at very different speeds. A bold plan, I know, and knew then, but in my favour I had the eagerness and energy afforded by that sometimes comic double act: youth and naivety.

Rehearsals began in September 1992 (maybe October, my memory is a little hazy) in a hall kindly lent to us by the Centro Cultural de la Casa del Reloj, on the bank of the Manzanares river, in the south of Madrid. We rehearsed on Friday afternoons, although later added Tuesdays as well. In April 1993, we gave our first concert in a nearby church. The programme included motets by Josquin, Tomkins and a delightful, unknown mass by the French composer Pierre Certon, which will always hold a special place in my affections: the Mass "Sous le pont d'Avignon". At the end of that year I founded the instrumental

group, Ensemble Fontegara, and a year later both groups turned professional. I was on the highway and there was no turning back.

Since then, Musica Ficta has formed an essential part of my life, enabling me to perform a vast range of repertoire, much of it unpublished, to transport it to the present day, bringing it to the attention of music lovers the world over. They have been 25 years of learning, above all, but also of experimentation, of return journeys, “photographed” every now and then on a total of nineteen discs. With Musica Ficta I have had the privilege of taking early music to over twenty countries, from the most austral lands of the Southern Cone, to China and Japan in the Far East; from the luminous African Maghreb to the cold regions where the most northern cathedral on the planet stands, in Trondheim (Norway). From the Pacific coasts of Mexico and the United States to the millennial cities of the Middle East. And, of course, Europe and Spain.

My acknowledgements are many and varied and there is not space enough here to list them all by name. An overview, however, is in order. In first place, of course, my family, followed – not in order of importance – by singers, instrumentalists, conductors, teachers, agents, producers, technicians, distributors, journalists, various artists, designers, heads of institutions who put their trust in me, friends – of course, always -, as well as all those who have attended our concerts, bought our recordings and listeners in general via whatever medium, who by their presence and existence have given meaning to all of this.

New projects and challenges point us towards the next stretch of the road. Expectations. Meanwhile, may this Victoria Requiem serve as both a momentary look back and a springboard to the future.

Raúl Mallavibarrena

Madrid, April 2017

Translation: Walter Leonard

MÚSICA FICTA 25 ANIVERSARIO 1992-2017



2. Primera formación de Musica Ficta. Mayo 1993.
3. Primer CD Victoria-Lamentaciones de Jeremías. Abril 1996.
4. Grabación del CD Victoria-Officium Defunctorum. Agosto 2002.



UNIVERSIDAD FICTA 2017
25 ANIVERSARIO
1961

5. Grabación del CD Guerrero-Hispalensis.
Mayo 2004.

6. Grabación del CD Guerrero-Villanescas.
Julio 2005.

7. Grabación del CD Victoria 18.
Marzo 2009.



MÚSICA FICTA 2017
25
1961 ANIVERSARI



8. Gira Hispaniarum Rex. Catedral de Seattle-EEUU. Octubre 2012.

9. Músicas Viajeras en Trondheim-Noruega. Agosto 2012.

10. Músicas Viajeras en Bogotá-Colombia. Febrero 2013





11

11 y 12.

Gira EEUU y concierto/grabación Live in
New York. Febrero 2014.



12



13

13. Ensayo en el Tianqiao Arts Center de Pekin-China. Agosto 2016.

14. Gira americana Quixote. Teatro Solís de Montevideo-Uruguay. Octubre 2016.



14



15

15. Gira americana Quixote. Festival Cervantino de Guanajuato-México. Octubre 2016



Agradecimientos

Pablo Verdeguer White (Euromusic) y Víctor Sordo

• ARIANNE • SERIES

Grabado en la capilla de la Hospedería de Santa Cruz (Madrid) en febrero de 2017

Técnico de sonido: Jesús Trujillo

Portada: Laura Ford – *Armour Boys*. Castillo de Akershus (Oslo – Noruega)

Fotografías: Víctor Sordo (portada), Iván Valdés (1), Paul Richardson (3), Alfonso Bustos (4)

Antonio Palomares (5), Michal Novak (6), María Retamero (7),

Pablo Verdeguer (8, 9, 10, 12, 13 y 14), Rohy Yohai (11).

Productor: Raúl Mallavibarrena

Diseño: Juan Bautista García

© & © Enchiriadis 2017

Español - English